

La(s) juventud(es) como producto social e histórico. Representaciones en el diario La Nación durante los sesenta.

Belen Agostini.

Cita:

Belen Agostini (2013). *La(s) juventud(es) como producto social e histórico. Representaciones en el diario La Nación durante los sesenta. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/479>

X Jornadas de Sociología de la UBA
20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos,
científicos y políticos para el siglo XXI
1 al 6 de Julio de 2013

Mesa 44: Infancia, adolescencia y juventud

Ponencia: La(s) juventud(es) como producto social e histórico. Representaciones en el diario La Nación durante los sesenta.
Autora: Belén Agostini (IEHS) IGEHCS CONICET/UNCPBA

En este trabajo proponemos acercarnos a algunos de los sentidos acerca de lo que significaba ser joven durante los sesenta. Partimos de la premisa de que en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial se produjo un proceso generalizado y sin precedentes de visibilización¹ de los y las jóvenes. Consideramos que las representaciones y sentidos construidos acerca de la(s) juventud(es) durante este período, se encuentran aún presentes en las miradas actuales.

Esto no significa que no hayan existido transformaciones, por el contrario, afirmamos que aquellas personas que las sociedades reconocen como jóvenes, y los sentidos que esto involucra, se transforman durante el tiempo. Además, implica miradas encontradas y múltiples definiciones: de los y las jóvenes acerca de sí mismos, y de los otros hacia ellos. En este último sentido, en las sociedades contemporáneas juegan un rol muy importante los medios de comunicación.

Aquí analizaremos las representaciones acerca de la(s) juventud(es) ofrecidas por el diario La Nación, medio que entre 1965 y 1973 publicó una columna dirigida específicamente a los y las jóvenes (Columnas de la Juventud). Afirmaremos que dichas representaciones no fueron estáticas ni unívocas, sino que sufrieron transformaciones vinculadas al contexto social, político, económico y cultural nacional e internacional.

Juventud(es)

Respecto a lo que debemos entender por “juventud” parece estar prácticamente fuera de discusión la premisa de que “la juventud no es simplemente un hecho psicológico o biológico. Es una expresión cultural de relaciones sociales y un producto de un conjunto específico de condiciones históricas” (Fass, 1977: 6).

Otro punto de amplio consenso en la bibliografía reside en el hecho de concebir la categoría “juventud” como una construcción sumamente heterogénea, que engloba una multiplicidad de experiencias. Las mismas pueden encontrarse vinculadas a diversos factores entre los que cabe mencionar la posición socio-económica, la vinculación con grupos de pares, con la familia, o el contexto

¹ De acuerdo con Rosana Reguillo Cruz, se combinaron tres factores que “volvieron visibles” a los y las jóvenes en la última mitad del siglo XX: la reorganización económica por la vía del aceleramiento industrial, científico y técnico, que implicó ajustes en la organización productiva de la sociedad; la oferta y el consumo cultural y el discurso jurídico. Ver Reguillo Cruz, Rosana “Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto”, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2000.

político nacional (Fass, 1977; Levi y Schmitt, 1996). Esto nos lleva a preferir el concepto juventudes² para pensar la pluralidad de realidades que representa. La heterogeneidad de la que estamos hablando se expresa en múltiples formas y a partir de variados clivajes, entre los que podemos referir aquellos relacionados con la experiencia de clase con la definición por la militancia política o no, o con las diferencias de género.

En sus estudios sobre juventudes en Argentina, Mario Margulis nos ofrece un conjunto de variables a considerar para acceder a las modalidades sociales de ser joven: edad, generación, crédito vital, clase social, marco institucional y género (Margulis, 1996 [2008]). En esta propuesta, el autor pone en juego tanto la dimensión cultural y simbólica del ser joven, como su “facticidad”, es decir, las condiciones vinculadas con aspectos biológicos y generacionales.

En resumidas cuentas, para comprender la manera en que las juventudes se representaban a sí mismas; así como comprender la forma en que “otros” las representaban, debemos preguntarnos ¿en qué consistió esa heterogeneidad?, ¿cómo podemos caracterizar las diversas experiencias de juventud?, ¿qué factores deben ponerse en juego para explicar la diversidad de experiencias?, ¿qué relación puede haber existido entre cultura juvenil y pertenencia de clase?.

En esta ponencia intentaremos demostrar que desde las páginas del diario La Nación se ofrecían al público variados sentidos acerca de la juventud, contruidos sobre la base de una juventud de clase media. Estos proponían una distinción básica entre jóvenes destacables y jóvenes que representaban amenazas para la moral y las instituciones. Pero al mismo tiempo encerraban una gran polisemia respecto a lo que implicaba ser destacable y ser una amenaza. Por consiguiente, afirmaremos que estos sentidos no eran estáticos, sino que sufrieron transformaciones vinculadas con procesos sociales, culturales y políticos.

Además de la consideración de las múltiples variables que hemos mencionado, ciertas herramientas nos permiten abordar la heterogeneidad característica de nuestro objeto de estudio. En las propuestas que queremos referir aquí, se indaga en los mecanismos a través de los cuales los y las jóvenes se relacionan entre sí, creando lazos de comunidad con unos y de distinción respecto de otros.

Uno de los primeros aportes en este sentido se produce durante las primeras décadas del siglo XX con el trabajo de Mannheim acerca de las “unidades generacionales”. En el mismo se ponen en relación conciencia de clase y conciencia generacional. El concepto de generación desarrollado por Mannheim demuestra que la mera contemporaneidad no permite hablar de la conformación de una generación, sino que hace falta tener en cuenta otros aspectos, como el hecho de compartir experiencias comunes, razón por la cual se habla de la “conexión generacional” y del surgimiento de “unidades generacionales” como una experiencia “situada” en el contexto sociocultural al que pertenecen sus miembros (Mannheim, 1928 [1993]).

A este enfoque se le ha cuestionado por diversas razones, se afirma que las generaciones de jóvenes parecen estar al margen de la estructura social, que

² Con intención de ofrecer una lectura más ágil, recurriremos con frecuencia al uso del término juventud. De todas formas, el lector o la lectora debe tener siempre presente que estamos hablando de un concepto que encierra en sí mismo diversidad de experiencias.

se ofrecen representaciones muy homogeneizadas y percepciones muy marginalistas respecto del grupo de edades (Casal et. al., 2006). Sin embargo, consideramos que este tipo de dificultades pueden evitarse al considerar el contexto histórico (social, cultural, político, económico) en que las conexiones generacionales se producen, como proponemos en este trabajo. Por otra parte, el mismo Mannheim nos invita a pensar en la heterogeneidad de la juventud al plantear la posibilidad de existencia de diversas unidades generacionales, vinculadas por variadas experiencias y situaciones.

El estudio de Mannheim es traducido al inglés recién en la década del `50, y es a partir de allí cuando se avanza en análisis que tienen como principal preocupación dilucidar el tipo de relación que se establece entre conciencia generacional y conciencia de clase. Aquí también, la posguerra aparece como un período en el cual la experiencia de la juventud adquiere una mayor especificidad en relación al resto de la sociedad (Murdock y Mc. Corn, 1997).

El análisis de subculturas (Hebdige, 2004; Mc Robbie y Garber, 1997; Murdock y Mc Corn, 1997), inscripto en la tradición iniciada por Mannheim, se enfoca en el modo en que las experiencias sociales compartidas de los adolescentes, asociadas a su pertenencia de clase y a la constante tensión con el orden establecido y la cultura parental, se expresan a través de la construcción de estilos distintivos. El estilo hace referencia a un proceso de selección y transformación a través del cual ciertos objetos, símbolos y actividades, son removidos de su contexto social normal y resignificados al interior del grupo de manera coherente, con un sentido particular (Hebdige, 2004).

Estos aportes nutren el trabajo de Carles Feixa, quien enfatiza la diversidad de situaciones y condiciones implicadas en la noción de juventud. La noción de generación resulta para este autor, una de las más abarcativas para el estudio de las juventudes, ya que es considerada como “el nexos que une biografías, estructuras e historia” (Feixa, 1998: 88).

La noción de generación resulta atractiva a la hora de pensar la manera en que se articulan diversas experiencias juveniles, ¿cómo se establecen vínculos entre las personas jóvenes?, ¿a través de qué procesos se establecen lazos de identidad con unos y de distinción con otros? En este trabajo proponemos una mirada “desde afuera” de la juventud. En consecuencia, difícilmente podamos lograr una comprensión fehaciente del funcionamiento de un estilo, o de la conformación de una subcultura.

Sin embargo, la información que nos proveen nuestras fuentes apunta hacia la presencia de diversas experiencias de juventud, que nos permiten hablar de al menos dos generaciones (en el sentido de conexión generacional) de jóvenes en la Argentina de los sesenta. intentaremos describir y explicar la existencia de una generación a la cual se vinculó con novedades culturales, y otra a la cual se vinculó con transformaciones en la esfera de la política³. Además de experiencias en común (Mannheim, 1928 [1993]), trataremos de comprender la

³ Sergio Pujol propone la existencia de dos generaciones juveniles: una a la que identifica con el escritor Rodolfo Walsh (1927), y otra a la que vincula con el músico Luis Alberto Spinetta (1950). (Pujol, Sergio *Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes*, en James Daniel (Dir.): Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1966). Tomo 9. Buenos Aires, Sudamericana, 2003) En esta propuesta la identidad generacional aparece dada por los consumos culturales. De todas formas, al profundizar el autor en las características de ambas generaciones, también se presenta el componente político. Queda al margen de su planteo cualquier tipo de distinción según criterios socioeconómicos.

manera en que se articuló la mirada de los otros –en este caso el diario- acerca de los y las jóvenes.

Otro aspecto que aporta al estudio de las juventudes, es el análisis del vínculo entre jóvenes y política. Consideramos que esta relación adquiere características muy particulares en nuestro país, donde el contexto de proscripción del peronismo, de autoritarismo y desigualdad social, estimuló el aumento de la violencia política. La misma fue consolidándose como recurso para lograr el cambio a medida que se avanzaba en los años setenta. En nuestro estudio del diario La Nación este vínculo se hace perceptible desde el punto de vista de los sentidos construidos por el matutino acerca de la juventud, los cuales como ya dijimos no eran estáticos. De esta manera, la trasgresión de las normas culturales y la militancia política se combinaron (sin por eso asimilarse) en la construcción de imágenes acerca de los peligros que podía representar la juventud “desviada”.

Entonces, los escenarios de la participación política juvenil se vuelven complejos y diversos. Esto nos lleva a considerar el punto de vista de Rossana Reguillo Cruz, quien propone poner el foco sobre las “formas de actuación política no institucionalizada”. Según la autora, la inversión de las normas, la relación ambigua con el consumo, configuran el territorio tenso en el que los jóvenes repolitizan la política desde fuera, sirviéndose para ello de los propios símbolos de la llamada sociedad de consumo (Reguillo, 2000).

Hemos referido anteriormente a la vinculación entre experiencias de juventud y experiencias de clase. En lo que concierne a este trabajo, debemos puntualizar que el diario La Nación ofrece al público una suerte de ideal de juventud basado en y pensado para las clases medias. Aquí no limitamos la pertenencia de clase a un determinado nivel socio-económico, educativo u ocupacional; consideramos que la misma se vincula también a valores, experiencias y representaciones que los actores ponen en juego para representarse a sí mismos y a otros (Visacovsky, 2008). En este caso, veremos como La Nación apela a una juventud inserta en el sistema educativo en los niveles secundario y superior, preocupada por su formación profesional, que tiene sus lugares de encuentro y entretenimiento en la zona céntrica de la ciudad de Buenos Aires. De esta manera, en el espacio “Columnas de la Juventud” –central para nuestro análisis- abundan las publicidades de institutos de idiomas extranjeros, viajes al exterior, cursos de oratoria y para secretarías, por dar algunos ejemplos. Además de notas acerca de películas preferidas, grupos de arte y teatro independientes y productos de última moda.

Un acercamiento a la(s) juventud(es) desde la prensa gráfica

En esta ponencia pretendemos rastrear algunas de las posibles definiciones, imágenes y sentidos sobre las juventudes que circulaban en la sociedad argentina de esos “largos” sesenta. Siguiendo a Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt ponemos nuestra atención “En esas miradas cruzadas donde se mezclan la atracción y el espanto, en donde las sociedades “construyen” siempre la juventud, como hecho social inestable, y no sólo como un hecho biográfico o jurídico petrificado; y mejor aún, como una realidad cultural – preñada de una multitud de valores y usos simbólicos – y no solo como un hecho social inmediatamente observable” (Levi y Schmitt, 1996: 8).

Para comprender la manera en que estas “miradas” se ponen en juego, seguimos la propuesta de Dick Hebdige. El autor enfatiza la importancia de los medios de comunicación como mediadores de la experiencia de los grupos sociales respecto de sí mismos (quienes y qué son), y también de los otros grupos con los cuales interactúan. Afirma a su vez que en base a la prensa, la televisión, el cine, etc. se construyen significados, prácticas y valores (Hebdige, 2004).

Si bien proponemos ocuparnos de los sentidos acerca de la juventud contruidos por La Nación, esto no significa en absoluto pensar que se trataba de reflejos de la realidad, o que el público los interpretaba como tales. Como afirma Roger Chartier “cualquiera que sean las representaciones no mantienen nunca una relación de inmediatez y de transparencia con las prácticas que dan a leer o a ver. Todas remiten a las modalidades específicas de su producción, comenzando por las intenciones que las habitan, hasta los destinatarios a quienes ellos apuntan, a los géneros en los cuales ellos se moldean” (Chartier, 2005: VIII).

En nuestra propuesta intentaremos acercarnos a las motivaciones que impulsaron al diario –en diversas secciones- a ocuparse de los y las jóvenes de nuestro país e incluso del mundo. Nos interesa analizar de qué manera se presentaba la información, qué términos se utilizaban para hacer referencia a las personas jóvenes, qué se entendía por “joven” y cómo se apelaba a los lectores. Sin embargo, la forma en que estos sentidos fueron interpretados por el público escapa a las posibilidades de nuestro trabajo. Retomando a Chartier, “los textos son frecuentemente entendidos o utilizados sin respeto por las intenciones que impulsaron su escritura o su distribución” (Chartier, 2005: VIII). Por lo tanto, reconstruir esas interpretaciones demandaría una investigación enfocada no ya en las fuentes de la prensa escrita, sino en un estudio de las prácticas de lectura en la Argentina de los sesenta, lo cual no se encuentra dentro de los propósitos de este trabajo.

Más allá de la diversidad de maneras en que un texto puede ser leído, el trabajo con medios de prensa escrita impone ciertos reparos particulares. Ricardo Sidicaro los señala en su estudio sobre las editoriales del diario La Nación, cuando afirma “Si el objeto habla, dice quién es, explora distintas regiones del saber y relata periódicamente su historia, las imágenes interesadas y distorsionadas se multiplican (...)” (Sidicaro, 1993: 8). En este sentido, debemos tener siempre presente que se trata de una publicación orientada a un sector bastante bien delimitado de la sociedad argentina: las clases dirigentes (ya fuera en el ámbito político, el económico o por su prestigio social), a las que se sumaron sectores medios de la población, que en una primera época no se habían contado entre sus compradores (Sidicaro, 1993).

El objetivo fundamental del diario no solo consistía en informar y explicar, también existía una buena cuota normativa en la forma de presentar la realidad, sobre todo en la columna Editorial. Para integrar a su público lector, La Nación hacía gala de un “estilo pedagógico”, a través del cual pretendía instruir a unos sectores dirigentes poco homogéneos, en la manera de interpretar los sucesos más importantes y cómo actuar ante ellos (Sidicaro, 1993).

Ser jóvenes durante los sesenta

Nuestro trabajo se encuentra en línea con el marco temporal propuesto por Eric Hobsbawm en su análisis sobre las transformaciones culturales ocurridas durante la segunda mitad del siglo XX (Hobsbawm, 1994 [2007]). Consideramos que si bien implicaron temporalidades particulares, los procesos de cambio social, económico y cultural experimentados por la Argentina, se ajustan a las líneas generales trazadas por el autor para las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

En la propuesta de Hobsbawm, la finalización de la Segunda Guerra Mundial abrió un período durante el cual un gran número de países en el mundo reunió las condiciones de posibilidad para el desarrollo de una juventud con conciencia de sí misma. Esto ocurrió mediante un proceso que combinó cambios en la estructura social y en las pautas culturales vigentes. Frente a la conjunción de estos factores, el autor propone hablar de una “revolución cultural”, en el sentido de transformaciones en el comportamiento y las costumbres.

Entonces, buena parte de quienes tenían entre 15 y 25 años aproximadamente, entre las décadas del `50 y principios de la del `70, se encontraron con condiciones materiales de vida de las que sus padres no habían podido gozar: posibilidad de continuar estudios secundarios o universitarios, dinero a su disposición y un mercado de consumo que los tenía como principales protagonistas. De manera complementaria, el desarrollo de la internacionalización cultural (que emanaba principalmente de Estados Unidos) puso al alcance de los jóvenes determinados elementos que les permitieron sentirse identificados con sus pares generacionales en distintos lugares del mundo (Hobsbawm, 1994 [2007]).

Si bien este autor está pensando en Europa y los Estados Unidos, sus propuestas resultan útiles para pensar el proceso argentino por diversas razones. Por un lado, las novedades culturales a las cuales refieren tuvieron influencia en nuestro país a través de los medios de comunicación y los mercados de la música y la moda. Por otra parte, las fuentes sugieren dinámicas similares a las propuestas.

El sistema educativo argentino experimentó un crecimiento sostenido, lo que nos habla de instituciones que incluían a un número cada vez mayor de jóvenes, generando ámbitos privilegiados para el desarrollo de grupos de pares y de la sociabilidad juvenil. Además, si bien se trata de porciones reducidas de la población, veremos cómo adquieren gran visibilidad en los medios de comunicación, por lo menos así se da en La Nación.

De manera complementaria, el consumo de ciertos productos y las formas en que eran consumidos, contribuyeron a generar sentimientos de identidad y a la vez de distinción entre los y las jóvenes. El mercado de productos culturales se amplió y diversificó durante el período que aquí nos interesa: ropa, libros, historietas, discos, películas y programas de televisión buscaban captar la atención del público juvenil a partir de una oferta variada. Junto al avance del mercado de productos masivos, también se desarrollaban artículos y espacios de consumo exclusivo y se combinaban novedades de la industria nacional e internacional.

Valeria Manzano propone que los sesenta se caracterizaron por una “juvenilización de la cultura de masas”. De acuerdo con la autora, si bien existieron pautas de distinción entre jóvenes, todos –más allá de su nivel socioeconómico- participaron de nuevas formas de ocio y consumo que fueron

exclusivamente juveniles (Manzano, 2010). Por lo pronto, el estudio de La Nación no nos acerca a las formas de consumir cultura de jóvenes de distintos sectores sociales. Sin embargo, abona a la hipótesis de una “juvenilización de la cultura”, como lo demuestran las múltiples referencias a un “tiempo juvenil” que sería una novedad característica de la década de 1960.

Las novedades en la moda y el consumo se combinaron a lo largo de estos años con otras transformaciones más sutiles y profundas que se estaban dando al interior de la estructura familiar, en la manera de pensar el rol correspondiente a cada uno de sus miembros y de relacionarse entre sí. De acuerdo con algunas autoras, estos años representaron el inicio de un camino de mayor autonomía y libertad para las mujeres. De todas maneras, durante mucho tiempo persistieron los discursos según los cuales el objetivo fundamental en la vida de una mujer era convertirse en madre y dedicarse completamente a formar una familia (Cosse, 2010; Feijoo y Nari, 1996).

El ideal de matrimonio también fue sujeto de reflexión y críticas, desde las cuales se proponía una nueva concepción de compañerismo, que permitiera la comprensión entre los miembros de la pareja y su desarrollo personal. Empezó a extenderse un ideal de autenticidad en el vínculo. Estas ideas no implicaron que el matrimonio perdiera su lugar como piedra basal en la sociedad. Sin embargo, desde la juventud comenzaron a surgir propuestas alternativas a las formas tradicionalmente dispares de relacionarse entre hombre y mujeres, y a la vida en matrimonio. El noviazgo dejó de pensarse como una etapa conducente al casamiento, y comenzó a extenderse la cohabitación entre algunos de los y las jóvenes de clases medias, que así planteaban una ruptura con el mandato familiar tradicional (Cosse, 2010).

La reflexión acerca de la familia se complementaba con otro fenómeno, también vinculado a la moda. Por estos años, se extendió más allá de pequeños grupos de vanguardia la tendencia a explicar las cosas de la vida a partir de los novedosos aportes de la psicología. Estos eran divulgados tanto por representantes de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) como por profesionales dedicados a asesorar a las numerosas revistas de actualidad publicadas en esos años. Según Mariano Plotkin, la novedad de estos discursos no residía tanto en su manera de concebir a la familia, que continuaba bastante apegada al modelo tradicional, sino en que habilitaron la reflexión pública sobre cuestiones que hasta el momento se resolvían en la intimidad, como la maternidad o las formas de crianza de los hijos (Plotkin, 2003).

Es válido pensar que probablemente la combinación de algunos de los aspectos que hemos mencionado hayan estimulado conductas de contestación entre algunos jóvenes. El hecho de compartir experiencias e intereses con personas de edades similares, que resultaban diferentes a los de las personas mayores, tal vez favoreció el cuestionamiento a las formas de actuar de los adultos. Esto nos permite pensar al mismo tiempo en la manera en que los y las jóvenes se vincularon con la política durante los sesenta. Quizás un cuestionamiento inicialmente dirigido a los padres, derivó luego en un cuestionamiento hacia la autoridad en general. De acuerdo con Vera Carnovale, durante el período que nos interesa el vínculo entre juventud y política formó parte de la constitución y el auge de una cultura exclusivamente juvenil (Carnovale, 2011).

Otra característica de los sesenta fue la idea de que existía una estrecha relación entre culturas juveniles y modernización, a partir de esto, varios autores y autoras han propuesto que los discursos acerca de la juventud se movieron entre dos miradas bien diferentes. Por un lado, se la asoció al progreso, al cambio positivo y a la posibilidad de lograr los objetivos que la generación anterior no había logrado alcanzar –por ejemplo, evitar las guerras o consolidar el progreso nacional-. Por el otro, se dudaba de su capacidad para cumplir con las expectativas de los mayores y para recibir y dar continuidad a los valores más apreciados (Fass, 1977; Passerini, 1996). Las temporalidades del proceso de visibilización de los sectores juveniles se condicen con las de los procesos de cambio social, económico y cultural afrontados por cada país.

Esta cuestión es retomada en trabajos abocados al estudio de las culturas juveniles en Argentina. Algunas interpretaciones hacen hincapié en el papel de la juventud como movilizadora de transformaciones por su rol de consumidora de nuevos productos culturales (Pujol, 2002 y 2003), o como impulsora de transformaciones en las formas de vivir y relacionarse (Cosse, 2010). Otros trabajos ponen el foco en la pervivencia de tendencias muy conservadoras en la sociedad argentina, que si bien no desacreditan las miradas más asociadas a las transformaciones, impiden ver a los sesenta como un período de cambio lineal hacia el relajamiento de las costumbres (Manzano, 2011). Como veremos a continuación, el mismo discurso del diario La Nación acerca de la juventud se mueve entre estas dos grandes representaciones: la esperanza y el temor.

Representaciones acerca de las juventudes en La Nación

- Jóvenes consumidorxs y productorxs culturales

Durante la segunda mitad de la década de 1960, las representaciones acerca de la “buena juventud” –protagonista de Columnas de la Juventud, que comenzó a publicar el matutino en 1965- o la “mala juventud” se articularon en torno a algunas ideas generales. En referencia al primer término, predominaba la idea de que los jóvenes eran motores del cambio y la iniciativa. Esto se relacionaba con diversas cuestiones: la creciente participación de varones y mujeres en el mercado de consumo fijando pautas distintivas y también con la proliferación de estudios (desde la psicología, la medicina, etc.) que centraban su atención en la adolescencia como etapa del desarrollo humano, considerando el cuerpo y la mente de los adolescentes. Los productos de consumo cultural y la estética juvenil permitían, según la mirada del matutino, distinguir entre un tipo de juventud y otro.

La contraparte del ideal de joven radicaba, en ese momento, en el hippismo o en quienes buscaban transgredir el orden establecido a partir de su vestimenta, su peinado, su manera de relacionarse con el sexo opuesto o su rechazo a los patrones de vida ofrecidos por los adultos.

Podemos encontrar estos dos puntos de vista sintetizados en la columna editorial titulada “El problema de la juventud en la actualidad”.

“¿Qué le ocurre a la juventud, que desea y qué exige? (...) siempre queda en pie la pregunta en cuanto se refiere a la juventud en general, a ese difuso inconformismo suyo que caracteriza a las dos épocas casi contiguas de posguerra de este siglo. Acaso ese

estado de agitación anímica de las generaciones jóvenes tenga algo o mucho de inherente a su condición vital, de constitutivo del hombre en su etapa juvenil, y acaso también sea en parte una expresión de la desazón moral de la criatura humana ante los fenómenos colectivos presentes y ante los nuevos horizontes que el conocimiento ha abierto frente a su conciencia con celeridad conturbadora. Es muy natural después de todo, que los jóvenes experimenten esa inquietud ante los avatares de la sociedad y esa creciente angustia que han señalado algunos pensadores determinada por el progreso de la ciencia y la técnica al acicatear la sensibilidad humana ante los misterios del universo.

Más aun siendo este el caso, parece evidente que ese desasosiego, esa confusión y esa perplejidad generales tienen en la gente joven, quizás porque ella traduce con una mayor fuerza y una mayor pasión el ambiente, un aspecto singular y hasta una formas propias, de las que son más conocidas por ser más espectaculares, la rebeldía y la desorientación, que a veces derivan en actitudes desorientadoras, extravíos y extravagancias. Ahora bien, esa juventud en rebelión latente, que unas veces se muestra desconocedora de todo valor de lo estatuido, dispuesta a derribarlo indiscriminadamente con un ademán iconoclasta, y que otras veces se encoge de hombros despectivamente ante el siempre arduo compromiso de vivir, entregándose así a una especie de nihilismo, si bien aparece como la más ostensible, no es necesariamente la más numerosa ni la más representativa. La visión que ha suscitado no pasa de ser, en todo caso, una captación parcial de este problema, que se configura también con la actitud de estas otras juventudes que tratan de reacomodarse en las nuevas formas de la vida y en cuyas reacciones hay, cuando menos, una afirmación moral y social. (...)" (La Nación, 10/09/1965 pp. 6)

El fragmento citado nos presenta "a la juventud en general", que parece difícil de catalogar, heterogénea y difusa. Pero además nos presenta algunas cuestiones que desde nuestro punto de vista resultan fundamentales en las representaciones acerca de la juventud construidas por La Nación. Por un lado, la vinculación entre lo joven y lo moderno, o lo novedoso, que además implicaría un natural "estado de agitación", justamente porque las personas jóvenes se enfrentan a un mundo que no terminan de comprender. Además, se afirma que existen diversas juventudes, siempre hay "otras juventudes". Por el otro, la "juventud en rebelión latente", "desconocedora de todo valor de lo estatuido" es sólo una minoría poco representativa. Entonces, hay conductas juveniles que son esperables y comprensibles, la "agitación", pero que pueden salirse de cauce y convertirse en "rebelión".

No podemos encontrar en La Nación una distinción clara entre las conductas que responderían a una u otra actitud, las representaciones acerca de la juventud son sumamente polisémicas. Por dar un ejemplo, el fenómeno de la Nueva Ola musical, muy atendido por el diario, habilitó la circulación de diversas maneras de presentar el fenómeno. Simultáneamente, encontramos comentarios burlones respecto a la poca calidad del género y a la imagen de

sus intérpretes, notas en las que se valora el consumo de esta música como una forma sana de diversión para los y las jóvenes y columnas en las que se apunta que algunos de los ídolos nuevaoleros promueven ritmos “animalizadores” y alteran a la gente joven.

Estos múltiples abordajes en referencia a la juventud en general y a la estética juvenil en particular, nos llevan a algunas de las ideas planteadas por Levi y Schmitt y por Hebdige, para intentar explicar más ampliamente la complejidad de la mirada de La Nación sobre la cuestión. Los primeros se ocupan de la construcción social de la idea de joven, y afirman que se trata de un proceso en el cual confluyen la atracción y el espanto, las esperanzas y las sospechas respecto a lo que estos actores son capaces de hacer⁴. De esta manera, si el movimiento y el baile de los jóvenes al compás de los nuevos ritmos de moda generaban por un lado comentarios críticos de la exageración o el exhibicionismo, por otro eran capaces de suscitar la aparición de notas en las que los movimientos eran descriptos detalladamente, trasluciendo una especie de fascinación frente al fenómeno. Veamos cómo lo expresaba el diario en el artículo titulado “Una generación que pide amor bailando”, publicado en la sección de espectáculos:

“Una pareja baila. Cada uno baila separado del otro. El “habla” con sus manos; esas manos que desde siempre exteriorizan el ser, su inquietud. Los pies, el cuerpo entero...ella se contonea con agilidad sinuosa; en algunos casos el movimiento es una necesidad interior; en otros, ella esta atenta a los que miran. A veces, entrecierra los ojos y la música baja por la piel.” (La Nación, 18/05/1969, supl. Espectáculos, pp. 4)

En su estudio sobre el surgimiento de la nueva ola entre fines de los '50 y mediados de los '60, Valeria Manzano hace referencia al impacto de los nuevos géneros musicales en la sociedad argentina, especialmente del rock y del twist (Manzano, 2010). Aquí nuevamente, el baile y el movimiento aparecen en el centro de la escena. De acuerdo con la autora, la danza al ritmo del rock protagonizada por los y las jóvenes produjo reacciones que variaron entre la aceptación y el rechazo públicos de manera casi simultánea a su llegada a la Argentina a fines de los años '50. Se trataba de un fenómeno que muchas veces se originaba de forma espontánea, en una sala de cine, la vereda o la calle, por lo cual no estaba limitado a los clubes o al ámbito privado de los hogares. De esta forma, el temor ante la “histeria colectiva” y las contorsiones que “afectaban la moral”, se justificaba en una profunda preocupación por la exhibición de una sexualidad juvenil que comenzaba a mostrarse abiertamente, más que en un rechazo al desorden en si mismo. De acuerdo con Manzano, durante los tempranos '60, la llegada del twist produjo reacciones similares, generando una profusión de notas y comentarios en

⁴ “La juventud concreta igualmente un conjunto de imágenes vigorosas, de maneras de pensarse y de figurarse a sí mismos, al mismo tiempo que a toda la sociedad. Estas imágenes son uno de los principales terrenos de enfrentamiento de lo simbólico. La sociedad se forja con las imágenes de los jóvenes, atribuye a éstos características y cometidos, y cobra angustiada conciencia de todo lo que ese tiempo de mutación encierra en cuanto a gérmenes de disgregación, y de todos los conflictos y resistencias que la integración y la reproducción social entrañan.” Levi, Giovanni y Schmitt Jean-Claude op. cit., pp. 12

diarios y revistas de diversa índole, ya sea las que se ocupaban del mundo del espectáculo o las que iban dirigidas a las madres de familia.

La exhibición de los cuerpos juveniles generaba miradas encontradas en el diario La Nación. En cambio el hippismo era más claramente una preocupación, no solo por esta cultura en particular, sino por el impacto que podría causar en la sociedad. Se veía en ella un cuestionamiento al orden como tal, manifestado en el tan mentado “inconformismo” frente a las relaciones entre géneros y generaciones vigentes. Además era una afrenta a las convenciones tradicionales sobre la presentación y la apariencia –siendo el pelo largo un rasgo definitorio-, y un desafío a los canales de integración ofrecidos por el sistema (trabajo o estudio). Por último, desde la mirada de La Nación este “inconformismo” hacía de los y las hippies un grupo sumamente vulnerable a la influencia de “los totalitarismos”, y podía tranquilamente jugar el rol de promotor de esas ideas en nuestro país.

En ninguna de sus múltiples referencias a esta cuestión el diario ofrecía una definición de lo que era un hippie, cómo vivía, qué pensaba, etc. Sería más acertado entonces afirmar, coincidiendo con el panorama de la opinión pública de la época trazado por Pujol, que “dentro de la nueva categoría sociocultural quedaron englobados todos aquellos jóvenes que no querían saber nada con la vida de oficina, el matrimonio, la disciplina del trabajo y la moral sexual de los mayores” (Pujol, 2002: 72).

Dick Hebdige señala cómo los medios de prensa reaccionan de forma “histórica” frente a la novedad, oscilando entre el escándalo y el entretenimiento, “El estilo, sobre todo, provoca una doble respuesta: es alternativamente ensalzado (en la página de moda) y atacado y ridiculizado (en los artículos que definen las subculturas como problemas sociales).” (Hebdige, 2004: 129). Las representaciones construidas por La Nación acerca de los grupos beatniks –que luego sería rock nacional- e incluso hippies resultan ejemplos de esta conducta. Los apelativos “melnudos” o “pelilargos” para referirse a ellos denotan una intención de minimizarlos o banalizarlos, como si llevar el pelo largo fuera lo único que pudieran o supieran hacer. Por otra parte, especialmente en el caso de los hippies, se expresa alarma y preocupación por sus conductas. Finalmente, se presentan publicidades o noticias del espectáculo en las que se promueve su estética y apariencia.

A comienzos de la década de 1970, las representaciones que hasta aquí describimos comenzaron a experimentar significativas transformaciones. Los conflictos políticos desarrollados en el país, la extensión de la violencia, la politización de una porción muy visible de la gente joven, parecían haber generado en La Nación un cambio en las formas de concebir a la juventud “aceptable” y la juventud potencialmente peligrosa. El ideal de joven continuaba siendo el mismo, pero registramos un mayor grado de aceptación frente a las actitudes que cuestionaban la relación entre géneros o generaciones o las pautas tradicionales de la estética personal. De esta forma el pelo largo, la música *beat*, el uso de ropas llamativas y coloridas se aceptaron e incorporaron como novedades de la moda que si bien podían significar transformaciones no implicaban mayores disrupciones, incluso lo que se identificaba como *hippismo* perdió relevancia como preocupación.

La representación de una juventud “inadaptada” por su participación en política, por su crítica al sistema de gobierno, a las relaciones de poder, cobró preponderancia en las preocupaciones de La Nación. Coincidimos con

Manzano cuando afirma que “La dinámica social y política de la Argentina en los tardíos 1960s llevó hacia otra construcción de la juventud. Vuelta invisible a partir de la represión de las subculturas o, más generalmente, vuelta extremadamente visible en las movilizaciones políticas, esta nueva juventud estaba más definida por su política revolucionaria que por su sexualidad” (Manzano, 2005: 460).

Entonces, proponemos aquí que la amenaza al sistema a partir de la vestimenta y la apariencia física fue perdiendo paulatinamente su lugar frente a la amenaza, mucho más explícita y directa, representada por la radicalización y la violencia política. En este trayecto, el foco de ansiedad que presentaban el hippismo o la estética beatnik pasaron a ser integrados por La Nación dentro del orden de cosas vigente a partir de la música y la moda, fundamentalmente del pelo largo. “Columnas de la Juventud”, que en sus comienzos se había apegado a imágenes más tradicionales respecto a la apariencia y las conductas de los jóvenes, empezó a tratar estas cuestiones en sus páginas.

La Nación estaba muy lejos de aceptar el modo de vida propuesto por la cultura del rock, pero al menos durante los primeros años de la década del setenta, eso no implicó que se negara la calidad de muchos productos de este género musical.

- Jóvenes en la familia

¿Cómo contener o conducir a los hijos en este panorama de modas y pautas de conducta cambiantes? Para La Nación era una tarea que implicaba responsabilidades conjuntas, de las autoridades nacionales, de las instituciones educativas y de las familias. El rol de estas últimas resultaba fundamental, ya que cualquier falla en su estructura podía derivar en serios conflictos durante la adolescencia y la juventud, que muchas veces terminaban en el delito y el desorden. En consecuencia, las relaciones entre padres e hijos fueron abordadas con frecuencia por el diario.

Siempre fiel a su estilo “pedagógico”, a su intención de informar y formar a sus lectores, el diario se abocó a sugerir algunos consejos para mejorar una relación que se consideraba, ya de suyo, dificultosa. Esta constatación partía de otra, bastante más preocupante: la familia como institución básica de la sociedad se encontraba en crisis, por una variedad de razones que incluía las novedades tecnológicas, malas influencias del cine, la TV, la música y otros productos de consumo cultural, la inestabilidad económica y el cada vez más conflictivo panorama de la política nacional. Desde Columnas de la Juventud, en una serie temática dedicada a las relaciones entre padres e hijos se afirmaba que

“Es claro que las condiciones de la vida moderna no favorecen aspectos circunstanciales de la vida familiar tradicional; la propia convivencia está muy limitada, los horarios de trabajo o estudio, el esparcimiento fuera de la casa, las distancias entre el hogar y los sitios de trabajo, todo conspira para que la coexistencia quede muy limitada; la mesa familiar se disuelve ante esos hechos y la facilidad que proporcionan las heladeras, los alimentos enlatados, y otras comodidades modernas. Antes, la necesidad de “estar en casa a la hora de comer” obligaba a un encuentro al que había que ajustar el

horario o quedarse sin comer. Ahora cada cual puede hacerlo, sin mayor dificultad, cuando le queda cómodo.” (La Nación, 15/04/1973, 2da. Sección pp. 22)

De esta interpretación se trasluce un vínculo estrecho entre crisis de la institución familiar y modernización social y cultural, en el cual una cuestión tan básica y cotidiana como el tiempo destinado a la preparación de alimentos tendría impacto sobre la disolución de valores tradicionales. El problema, entonces, se presentaba con diferentes aristas, desde las cuales analizar los roles de padres e hijos.

A tono con el “tiempo juvenil” que el matutino percibía como característica de los años sesenta, resultaba habitual y comprensible que existieran dificultades en la comunicación entre las generaciones. De acuerdo con esta mirada los jóvenes estaban tratando de construir su propia imagen del mundo, reclamando su propio lugar en el, y eso podía generar cierto rechazo hacia la forma de pensar de los adultos.

Otra faceta del problema residía en la presencia de “intereses contrarios a los valores democráticos” que operaban desde muy diversos ámbitos de la vida social: el club, la escuela, la iglesia, etc. con el objetivo de “captar” el interés de los y las jóvenes,

“En estos instantes adalides de una ideología de oscuros fines, hábilmente disfrazados bajo el ropaje de palabras atractivas han conseguido adentrarse en todos los ámbitos (...) y atraen con canto de sirena los idealismos, la inexperiencia o el entusiasmo de la juventud.” (La Nación, 11/04/1973, pp. 9)

De acuerdo con el diario, una posible solución a la crisis en la familia consistía en que tanto padres, como educadores y autoridades proveyeran a la juventud de canales para expresar sus intereses y opiniones. La represión o la censura de los impulsos juveniles resultaban contraproducentes ya que los empujaría hacia tendencias ideológicas perjudiciales para la nación. En el país abundaban los ejemplos de “juventud sana”: estudiosa, trabajadora, a la que se debía valorar y preservar.

Entonces, resultaba crucial que se preservara el dialogo entre los miembros del hogar. Para que esto fuera posible era necesario que los padres no adoptaran posturas autoritarias y se mostraran abiertos y comprensivos a los intereses e ideas de sus hijos, conservando siempre su papel como guías de la familia. Sin embargo, no debía interpretarse este acercamiento a los jóvenes como una pérdida de autoridad por parte de los adultos. Al contrario, era fundamental que se sostuvieran figuras fuertes en el hogar y la escuela, capaces de guiar a sus hijos y alumnos. En Columnas de la Juventud se analizaban los cambios en la estructura de la familia, afirmando que,

“Desde ya que hay dos hechos irreversibles: la monarquía paterna ha sido sustituida por la diarquía “padre-madre”, hecho reconocido ya por las leyes que establecen el coejercicio de la patria potestad por ambos cónyuges. Así mismo, la relación padres-hijos, estructurada sobre la autoridad, esta en crisis total y, por lo que

puede apreciarse, sólo puede ser sustituida por una relación fundada en el afecto.” (La Nación, 07/04/1973, 2da. sección pp. 12)

Entonces, padres y madres debían tener la suficiente “cintura” como para conducir a sus hijos sin alejarlos, para establecer un diálogo fluido sin perder su lugar de autoridad. Los adultos debían comprender los novedosos intereses de los jóvenes, sin que eso implicara aceptar conductas que pudieran poner en riesgo el orden en la familia, y por ende en la sociedad. Las amenazas a la armonía familiar podían ser variadas o tener múltiples caras (hippismo, delincuencia, comunismo, peronismo radicalizado, etc.), pero la familia debía enfrentarlas con una misma estrategia. En este sentido, podemos notar una sutil transformación respecto a las propuestas del matutino acerca de dónde provenían dichas amenazas. Si a mediados de los sesenta provenían sobre todo de las “malas juntas”, avanzando en el período nos encontramos con que los ámbitos se multiplican e incluyen el club, la iglesia y la escuela.

- La participación política y social

El Cordobazo es ampliamente recordado como un hito que marca el grado de violencia que pudo alcanzar la sociedad argentina oprimida bajo el peso de un gobierno autoritario, como el del Gen. Juan Carlos Onganía. La tensión acumulada a partir de su política represiva, aplicada no sólo sobre los partidos sino también en el ámbito sindical y el universitario, resultó en los estallidos de violencia de mayo de 1969. La chispa se encendió en la Universidad del Nordeste por un conflicto estudiantil, continuó con el Rosario y llegó a su clímax en Córdoba durante los últimos días del mes, cuando obreros y estudiantes coincidieron en manifestaciones callejeras.

Además de una demorada, pero violenta represión, el Cordobazo suscitó un significativo apoyo de la población que no participaba directamente de la protesta. Pero la comprensión de esta coyuntura nos demanda insertarla en un proceso más amplio, que engloba el aumento de la violencia política y social a lo largo de los sesenta. La democracia gozaba de poca legitimidad, en un marco de proscripción del peronismo, altas y bajas en la economía y combatividad sindical, entre otras cuestiones. Ante este panorama, las Fuerzas Armadas cobraban cada vez mayor relevancia como actor político, como evidenciaron las interrupciones de los gobiernos democráticos de Frondizi en 1962 e Illia en 1966.

Los hechos de Córdoba no representaron un punto culminante en la escalada de violencia, sino todo lo contrario. En mayo de 1970 la agrupación guerrillera Montoneros hizo su “presentación en sociedad” con el secuestro y asesinato del ex presidente *de facto* Pedro Eugenio Aramburu, y así puso en evidencia el peso creciente del desafío presentado por la guerrilla.

Pero debemos destacar que la gestación de las dos organizaciones armadas más relevantes de nuestro país, Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), tuvo sus inicios previamente al estallido social de mayo de 1969 (Gillespie, 1987). Es interesante tener esto en cuenta, ya que nos habla de un proceso que abarcó una buena parte de la década del sesenta, en el que se pusieron en juego distintas organizaciones desde las cuales aquellos jóvenes que luego conformaron las dirigencias originales de Montoneros y el ERP iniciaron su participación en política (Gillespie, 1987).

De acuerdo con el punto de vista del autor, la dimensión de Montoneros, así como de otras organizaciones que tomaron la opción por las armas, resulta comprensible al tener en cuenta que

“los años sesenta fueron ante todo una década en que toda una generación de jóvenes argentinos se vio afectada por la desilusión y el descontento que les generaba el sistema político, tanto en la forma ostensiblemente constitucional, bajo los gobiernos radicales de Frondizi e Illia, como en su forma espúrea bajo el gobierno de Onganía” (Gillespie, 1987: 88)

Muchos jóvenes recibieron desde una multiplicidad de espacios (la familia, la escuela, los amigos, los medios de comunicación, etc.) un discurso según el cual la política se basaba en una lógica amigo/enemigo, en la cual la democracia y los partidos eran una mera abstracción, y no permitían lograr aspiraciones concretas (Ollier, 1998).

Los vínculos que La Nación establecía entre juventud y política tenían como partícipes fundamentalmente a los estudiantes, y entre ellos a los universitarios en especial. Esto es así por diversas cuestiones, en primer lugar, en tanto estudiantes es prácticamente directa su asociación con la juventud. La mayoría comparten edades similares, espacios de sociabilidad y experiencias, así resultan fácilmente identificables como grupo. Esto no significa que, por ejemplo, los jóvenes trabajadores no tuvieran actividad política, sino que cuando se trata de la actividad sindical es difícil identificarlos en tanto jóvenes. Esa identidad se da más que nada en tanto trabajadores.

Si bien las demandas estudiantiles muchas veces eran consideradas legítimas, el tratamiento de esta cuestión se asociaba en última instancia a la idea de “juventud como problema”. En buena medida, esto se debía a que si bien la universidad representaba para La Nación el centro privilegiado del saber y el progreso nacional, también representaba un espacio para la difusión de intereses políticos que se consideraban ajenos al estudiantado y perjudiciales para las instituciones. Si a mediados de los sesenta uno de los mayores problemas era el comunismo, durante la década del setenta el foco de preocupación se vuelve un tanto más difuso bajo la referencia a los “totalitarismos” o los “intereses partidarios”.

La preocupante “infiltración comunista” se detectaba en reiterados enfrentamientos entre agrupaciones o personas identificadas con tendencias ideológicas contrapuestas, desatados en dependencias de las universidades nacionales, o en las múltiples manifestaciones estudiantiles de las que el diario dio cuenta a lo largo del período que aquí estudiamos⁵, que podían implicar marchas, tomas de facultades, enfrentamientos con la policía, distribución de panfletos, etc.

De acuerdo con Pablo Buchbinder, la relación entre los estudiantes y la dirigencia universitaria se complicó a lo largo de la década del '60. Los estudiantes se movilizaban contra los exámenes de ingreso, considerados limitacionistas, contra el aumento de los aranceles de los comedores universitarios y contra las restricciones presupuestarias, sobre todo en los años

⁵ Entre 1965 y 1975, La Nación registró un promedio de ocho manifestaciones y/o conflictos estudiantiles al año, la mayoría de las cuales se dieron en Buenos Aires, 5 de cada 10 de estas demostraciones sufrieron represión policial, principalmente mediante el uso de gases lacrimógenos.

1964 y 1965. Estas restricciones se agravaron por el aumento de la matrícula que siguió en ascenso durante aquellos años. Los estudiantes universitarios pasaron, de 138.000 en 1965, a 220.000 diez años más tarde. También se cuestionó con fuerza la recepción de subsidios externos, considerados formas de penetración imperialista (Buchbinder, 2005).

En la información provista por el diario sobre estos hechos, abundaba la referencia a “elementos minoritarios” o “elementos infiltrados” que no representaban a la gran mayoría del alumnado de las universidades⁶. Pareciera que con este dato La Nación pretendía poner a sus lectores en alerta frente al problema existente, pero dejando claro que este no se hacía extensivo a todo el estudiantado. Por esa razón resultaba necesario y urgente tomar medidas para detener el avance del comunismo y preservar de su influencia a la juventud, tan susceptible debido a su espíritu naturalmente desbordante de verse atraída por tendencias “extremistas”.

Así como el diario cuestionaba la arbitrariedad de ciertas decisiones estudiantiles, también criticaba la conducta de aquellas autoridades universitarias que reaccionaban de forma “exagerada” ante la actividad política de los estudiantes, por ejemplo interrumpiendo asambleas que se desarrollaban en forma pacífica y organizada. Las críticas más fuertes estaban reservadas al accionar de la policía, a la cual La Nación llegó a referirse como una “fuerza ineficaz para suprimir las revueltas” y un “agente catalítico que crea apoyo de masas en las rebeliones minoritarias”⁷. Según el diario, el proceder muchas veces innecesariamente violento de los efectivos policiales estimulaba respuestas violentas por parte de los estudiantes, que se podrían haber evitado con la adopción de un tono conciliador.

La participación política no solo implicaba disrupciones al funcionamiento de las instituciones educativas, también implicaba una falla como estudiantes. Por un lado, se entendía que el principal objetivo de un estudiante debía ser justamente estudiar, para recibirse y dedicarse a su profesión. También era importante que defendiera a la institución, su autonomía y la calidad educativa, y para eso existían canales institucionales que permitían presentar reclamos de forma ordenada, sin alterar el ritmo de la vida académica.

Partiendo de esta mirada, entonces, el tiempo dedicado a la militancia era interpretado como tiempo robado al estudio, y las horas o días de clase “perdidos” por asambleas, manifestaciones, o tomas, perjudicaban a quienes estaban comprometidos con su formación, y a la institución universitaria en general. El panorama resultaba todavía más preocupante en la medida en que estas manifestaciones no siempre respondían a problemáticas específicamente universitarias

La militancia política había favorecido otro fenómeno que alarmaba al diario: la convicción entre una parte importante del alumnado de que podían (o incluso debían) cuestionar a sus docentes, debatir con ellos como iguales, “faltando el respeto” a la figura del profesor, e incluso menospreciar a prestigiosos clásicos a favor de autores noveles. Para La Nación la condición de alumno implicaba aprender con humildad, reconociendo los años de trabajo que respaldaban a docentes y académicos consagrados

⁶ En un editorial se habla de aproximadamente 70.000 alumnos asistentes a la Universidad de Buenos Aires, de los cuales solo dos o tres centenares podían identificarse como “agitadores”. La Nación, 09/03/1965, pp. 6

⁷ La Nación.. 02/06/1968, pp. 1

Aunque La Nación percibía transformaciones en la manera en que los estudiantes se organizaban y expresaban, parece haber existido continuidad en la manera en que dicha actividad era interpretada por el diario durante los tempranos setenta. La misma consistía en enfatizar el carácter de “minoría” de quienes reclamaban o protestaban, mientras se señalaba el carácter mayoritario –la “mayoría silenciosa”- de quienes se mantenían al margen de estas acciones. Sin embargo, es el mismo diario el que informa acerca de la presencia en la Universidad de Buenos Aires de “innumerables movimientos estudiantiles, algunos de notoria influencia y otros, simplemente como francotiradores”⁸.

Además, no se trataba de un fenómeno exclusivo del ámbito universitario, de acuerdo con Buchbinder, durante estos años se experimentó un notable crecimiento de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), vinculada a Montoneros, de la Juventud Radical Revolucionaria y de la Tendencia Estudiantil Socialista Revolucionaria (Buchbinder, 2005). Esto resultaba muy preocupante para La Nación, que identificó el período lectivo de 1973 como un año crítico para la educación media. Desde el espacio editorial del diario se daba cuenta del problema,

“(…) es, ante todo, una falta inadmisible contra los mas altos fines de la educación convertir a los ámbitos escolares en focos de agitación partidista. Bastantes males ha padecido y padece el país en tal sentido por haberse tolerado esa desviación en los claustros universitarios, donde queda al menos el resguardo de un mínimo de madurez mental por parte de los estudiantes. Hay que imaginar las consecuencias de este fenómeno tratándose de adolescentes, entre los cuales algunos han cumplido apenas doce años de edad. (...) Confundido con todo ello marcha el natural aturdimiento de esta etapa de la vida y sus afanes expansivos o de afirmación de una personalidad en pleno proceso de maduración. (...) nada extraño sería que en esta semana, durante la cual se festeja el tradicional “Día del estudiante”, se mezclaran peligrosamente tumultos y algaradas “primaverales” con desórdenes o manifestaciones de muy distinto carácter” (La Nación, 17/09/1973, pp. 8)

El fragmento que hemos citado resulta sumamente interesante porque en él vemos, una vez más, condensados los distintos puntos que provocaban ansiedad en las representaciones del matutino acerca de la juventud: características propias de esta etapa vital, como la inestabilidad y la preponderancia de los impulsos, aspectos propios de la cultura juvenil – en este caso estudiantil- como los festejos por la primavera, y finalmente, la forma en que esto podía vincularse con intereses políticos.

No resulta en absoluto sencillo definir la postura de La Nación respecto al vínculo entre juventud y política. Por ello, más que definir, consideramos

⁸ La Nación, 12/05/1973, pp. 5. En esta nota se ofrece un cuadro de las principales organizaciones políticas estudiantiles identificadas por el diario, que resultan ser 13, de las cuales se encuentran: cinco agrupaciones adheridas a la Federación Universitaria de Buenos Aires, representando diversas vertientes del comunismo más el radicalismo; tres adheridas a la Juventud Universitaria Peronista, y tres adheridas a Asociaciones Peronistas Universitarias. No se especifica cuáles de ellas serían las influyentes y cuáles los “francotiradores”.

apropiado intentar una síntesis que comprenda la complejidad y las tensiones de esa mirada. Para esto, podemos retomar la propuesta que recorre los trabajos de diversos autores y autoras, abocados al estudio de las miradas acerca de la juventud producidas en Argentina y en otros países, como Estados Unidos (Manzano, 2005; Passerini, 1996). Dichos estudios plantean, a grandes rasgos, la coexistencia de representaciones contrapuestas acerca de la juventud. Por un lado, se la concebía como sinónimo de modernidad y modernización, de progreso. Pero al mismo tiempo, se convivía con cierto temor a lo que justamente la modernidad podía implicar para las instituciones y el orden establecido. La perspectiva del cambio –asociado directamente a la juventud- generaba incertidumbre respecto hacia dónde conduciría el mismo. Y al mismo tiempo la juventud generaba fascinación porque se veía en ella un foco de modernización para el país, cuestión que resultaba muy atractiva para La Nación.

Hemos analizado la manera en que esta dinámica se puso en juego en las representaciones acerca del lugar que cabía a los y las jóvenes en ciertos procesos de transformación social y cultural (en el consumo, en la familia). Al incorporar el elemento de la política, las preocupaciones se incrementan porque pasan a considerarse otras cuestiones, hay influencias “externas” que pretenden manejar a la juventud de acuerdo con sus propios intereses.

Entonces, La Nación interpretaba la protesta estudiantil como expresión del potencial problemático de la juventud, ya que se la relacionaba con el desorden, con el desborde y en el peor de los casos con la afinidad hacia ideologías “totalitarias”. Todos estos aspectos eran considerados al analizar a la juventud como etapa de la vida, momento en el cual resultaba natural que surgieran impulsos rebeldes. Sin embargo, al trascender el ámbito privado de la familia (donde se expresaban en conflictos con los padres) y pasar al ámbito público, los impulsos se volvían peligrosos. Según el diario, existía la posibilidad de que fueran manipulados por intereses ajenos a los que correspondían a la juventud. Además, los efectos de las acciones que conllevaban eran impredecibles y resultaban disruptivos del orden establecido, no solo dentro de las universidades sino también en la sociedad en general. Como otra cara de la misma moneda, las autoridades universitarias y la policía manejaban este tipo de situaciones de manera incorrecta, estimulando la violencia en lugar de contenerla. Como salida a estos conflictos, La Nación prefería ver a los jóvenes trabajando o estudiando, antes que involucrándose en política.

Esto no significaba abogar por un rol pasivo de los jóvenes. De presentarse razones que ameritaran reclamos, era válido hacerse escuchar, pero estos debían conducirse por las vías institucionales. Sin embargo, el diario no ofrecía soluciones para aquellas circunstancias en que el orden institucional cerraba dichas vías, como ocurrió en las universidades durante el gobierno dictatorial de la Revolución Argentina y la gestión del Ministro Ivanissevich, durante el peronismo. En los conflictos estudiantiles se cruzaban demasiadas cuestiones difíciles de manejar: jóvenes radicalizados, luchas de poder y autoridades poco eficaces.

Consideraciones finales

En esta ponencia hemos propuesto indagar en el proceso de visibilización de las juventudes durante los años sesenta, con la intención de rastrear algunas de las representaciones circulantes acerca de las mismas. A partir del estudio del diario La Nación proponemos que dichas representaciones se articulan, a grandes rasgos, en torno a dos imágenes generales: la esperanza y el temor. Consideramos que esta lógica continúa presente aun hoy en día en las miradas construidas en torno a los y las jóvenes.

Además, hemos afirmado que no se trata de representaciones unívocas ni estáticas, por el contrario, propusimos que encierran sentidos encontrados, polisémicos, y que se transforman en relación a diversos contextos sociales, culturales, políticos y económicos. De esta forma, señalamos que si bien no se trató de distinciones claras o bien delimitadas, La Nación articuló sus representaciones acerca de las juventudes a partir de dos cuestiones. Por un lado, la “buena juventud”, estudiosa, trabajadora, respetuosa de las instituciones, que sabe divertirse “sanamente”. Por otro lado, una juventud “desviada”, que falla a lo que la sociedad espera de ella, ya sea porque se niega a insertarse en el trabajo o el estudio, porque su apariencia no respeta las pautas tradicionales o porque se involucra en la protesta social y política por fuera de las instituciones.

Como hemos intentado demostrar en esta ponencia, hacia mediados de los sesenta, el diario La Nación representaba la “desviación” a partir del desafío a las formas tradicionales de ser y proyectar la vida identificando por excelencia con el movimiento hippie –aunque no quedara claro precisamente qué era eso-. Hacia los tardíos sesenta, en un marco de inestabilidad y conflictividad política, autoritarismo y desigualdad social, estas interpretaciones dieron paso a otras, en las cuales la “desviación” se vincula a la politización de algunas porciones de la juventud, no a través de los partidos tradicionales, sino mediante la protesta callejera y otras acciones no institucionalizadas. En este proceso, las novedades culturales que antes se consideraban preocupantes, pasan a ser integradas, sobre todo a partir de la moda, el entretenimiento o como nuevas formas vinculares.

Además, la circulación de estas representaciones nos lleva a hablar de la presencia de dos generaciones (en el sentido de conexión generacional propuesto por Mannheim) en la Argentina de los sesenta. Una identificada con el mercado de consumo y las transformaciones culturales (mediados de los sesenta); y otra identificada con la acción política (tardíos sesenta). Claro que estas identificaciones se tratan de sentidos atribuidos “desde afuera”, desde la mirada de los “otros”, y no necesariamente forman parte de las identidades de los mismos actores. Pero como hemos propuesto al principio de esta ponencia, no podemos negar el impacto de las miradas ajenas, en este caso de un medio de comunicación, en las formas de entender la propia subjetividad, ya sea individual o colectiva.

Esto no agota en absoluto la comprensión de los lazos de identidad y/o distinción entre los y las jóvenes. Además, volvemos a señalar que estas imágenes estaban pensadas en base y orientadas a las personas jóvenes de clase media. Si bien La Nación podría haber pensado su ideal de “buena juventud” como una suerte de modelo general, este se basaba en expectativas y preocupaciones fundamentalmente de clase media: desarrollo profesional, conocimiento de idiomas, contacto con países extranjeros y fuerte consumo cultural.

Bibliografía

- Buchbinder, P. (2005). Historia de las universidades argentinas. Buenos Aires: Sudamericana.
- Casal, J., García, N., Merino, R., Quesada, M. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. En Papers, 79, pp. 21-48.
- Carnovale, V. (2011). La generación del sesenta. Rebeldía, protesta y revolución. En curso Juventudes en América Latina y Argentina. Cultura, política e identidades del siglo XX al XXI. CAICYT CONICET. www.caicyt.cursos.gov.ar.
- Chartier R. (2005). Prologo a la edición española. En El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural. Barcelona: Gedisa.
- Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia durante los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fass, P. (1977). *The damned and the beautiful: American youth in the 1920s*. New York: Oxford University Press.
- Feixa, C. (1998). De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud. Barcelona: Ariel.
- Gillespie, R. (1987). Soldados de Perón. Los Montoneros. Buenos Aires: Grijalbo.
- Hebdige, D. (2004). *Subcultura. El significado del estilo*. Buenos Aires: Paidós.
- Hobsbawm, E. (2007). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Levi, G. y Schmitt, J. C. (dirs.) (1996). Introducción. En *Historia de los jóvenes*. Madrid: Taurus.
- Margulis, M. (ed.) (2008). *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- Mannheim, Karl (1928 [1993]). El problema de las generaciones. Revista española de investigaciones sociológicas (REIS), 62, pp. 193-242.
- Manzano, V. (2005). *Sexualizing youth: Morality campaigns and representations of youth in early 1960s Buenos Aires*. En Journal of The History of Sexuality, vol. 14, n. 4. University of Texas Press.
- Manzano, V. (2010). Ha llegado la "nueva ola": música, consumo y juventud en la Argentina, 1956-1966. En Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidad en Argentina. Buenos Aires: Prometeo.
- McRobbie, A. y Graber, J. (1997). Girls and subcultures. En *Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain*. Londres: Routledge.
- Murdock, G. Y McCron, R. (1997). Consciousness of class and consciousness of generation. En *Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain*. Londres: Routledge.
- Ollier, M. M. (1998). La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria. Buenos Aires: Ariel.
- Passerini, L. (1996). La juventud, metáfora del cambio social (dos debates sobre los jóvenes en la Italia fascista y en los Estados Unidos durante los años cincuenta). En *Historia de los jóvenes*. Madrid: Taurus.
- Plotkin, M. (2003). Freud en las pampas. Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983). Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Pujol, S. (2002). La década rebelde. Los años sesenta en la Argentina. Buenos Aires: Emecé.

Sidicaro, R. (1993). La política mirada desde arriba. Buenos Aires: Sudamericana.

Visacovsky, S. (2008). Estudios sobre "clase media" en la antropología social: una agenda para la Argentina. *Avá* [online], n.13 [citado 2013-05-07], pp. 1-1 .

Disponible en:

<http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16942008000200001&lng=es&nrm=iso>